

JOHN CONNOLLY
MÚSICA NOCTURNA

Traducción de Victoria Ordóñez Diví

Título original: *Night Music*

1.ª edición: octubre de 2017

© John Connolly, 2015

© de la traducción: Victoria Ordóñez Diví, 2017
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-453-7
Depósito legal: B. 16.262-2017
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

La Biblioteca Privada y Depósito de Libros Caxton	11
La sangre del cordero	71
Un sueño invernal	93
La lamia	97
El Rey Hueco	117
Los niños de la doctora Lyall	125
El <i>Atlas fracturado</i> : cinco fragmentos	149
1. El temor que inspiran los reyes	151
2. El <i>jinn</i>	172
3. Barro	194
4. El hombre que vaga por mundos ignotos	205
5. Y en la oscuridad moraremos	297
Rajahuesos	307
Sobre <i>La anatomización de un hombre desconocido</i> (1637), de Frans Mier	333
Una aparición	343
Lázaro	357
Holmes anda suelto: un relato sobre la Biblioteca Privada y Depósito de Libros Caxton	369
Vivo aquí	401
Agradecimientos	443

Una puntualización previa:

A quienes observaran su vida desde fuera les habría parecido que el señor Berger llevaba una existencia muy gris. De hecho, puede que el propio señor Berger hubiera opinado lo mismo.

Berger trabajaba para el Departamento de Vivienda de un pequeño ayuntamiento inglés, en calidad de registrador de cuentas cerradas. Su tarea consistía, año tras año, en confeccionar una lista de todos los inquilinos que habían abandonado las viviendas que les había proporcionado el ayuntamiento o habían renunciado a ellas dejando deudas pendientes. Tanto si debían una semana de alquiler como un mes, o incluso un año (porque los desahucios eran complicados y solían alargarse hasta que la relación entre el ayuntamiento y el inquilino acababa pareciéndose a la de un ejército invasor y una ciudad amurallada), el señor Berger anotaba la cantidad en cuestión en un enorme libro de contabilidad encuadernado en piel conocido como el Registro de Cuentas Cerradas. Al final de cada año, el señor Berger tenía que hacer cuadrar los alquileres pagados y por pagar. Si había desempeñado correctamente su cometido, la diferencia entre las dos cantidades constituiría el total anotado en el registro.

Incluso al propio señor Berger le costaba explicar en qué consistía su tarea. Raras veces los taxistas, o los pasajeros que viajaban con él en el tren o en el autobús, se explayaban más de lo que tardaba él en describirla cuando iniciaban una conversación sobre la profesión que ejercía. Al señor Berger no le importaba. No se engañaba ni sobre sí mismo ni sobre su trabajo. Se llevaba perfectamente con sus colegas, y disfrutaba bebiéndose una pin-

ta de cerveza con ellos —pero nunca más de una— al acabar la semana. Participaba en las colectas para comprar regalos de jubilación y de boda, así como coronas fúnebres. Hubo un tiempo durante el cual parecía que él también podría ser el beneficiario de una de aquellas colectas, porque inició un cauto flirteo con una chica del Departamento de Contabilidad. Le pareció que sus insinuaciones eran correspondidas y ambos se fueron rondando mutuamente a lo largo de un año, hasta que otro empleado más lanzado que el señor Berger entró en liza y la joven, presumiblemente cansada de esperar a que el señor Berger entrara en la supuesta zona de exclusión que la rodeaba, prefirió irse con su rival. Dice mucho a favor del señor Berger que se prestara a participar en la colecta para la boda sin un ápice de resentimiento.

Su puesto de funcionario en el registro no estaba ni bien ni mal pagado, pero le proporcionaba el dinero suficiente para vestirse, alimentarse y disponer de un techo bajo el que cobijarse. Casi todo el resto de su sueldo lo gastaba en libros. El señor Berger llevaba una vida imaginaria, alimentada a base de historias. Su piso estaba revestido de estanterías, y esas estanterías estaban llenas de los libros que tanto le gustaban, dispuestos sin orden aparente. O, mejor dicho, los había ordenado por autor, pero no los había alfabetizado, y tampoco los había agrupado por temas. Sabía dónde encontrar cualquier título en cualquier momento, y con eso le bastaba. El orden era para gente aburrida, y el señor Berger era mucho menos aburrido de lo que aparentaba. (Los insatisfechos tienden a confundir con el tedio la satisfacción de los demás.) Puede que el señor Berger se sintiera a veces un poco solo, pero nunca se aburría y raras veces caía en el desánimo. Los libros que leía le servían para ir contando los días.

Supongo que, al relatar esta historia, he dado a entender que el señor Berger era viejo, pero no lo era. Tenía treinta y cinco años y, aunque nadie lo habría confundido con un galán de cine, no puede decirse que fuera feo en absoluto. Aun así, quizás había algo en su interior que lo volvía, si no asexual, sí algo ajeno a la realidad de las relaciones con el sexo opuesto, una impresión reforzada por el recuerdo colectivo de lo que ha-

bía ocurrido —o no ocurrido— con la chica de Contabilidad. Así fue como el señor Berger pasó a engrosar las rancias filas de los solterones del ayuntamiento, el ejército de los que no han salido del armario, los raros y los tristes, pese a no ser ninguna de esas cosas. Bueno, quizás un poco triste sí: aunque nunca hablaba de ello y jamás lo admitiría, ni siquiera ante sí mismo, el señor Berger lamentaba no haber sabido expresar debidamente su afecto por la chica de Contabilidad, y se había resignado en silencio a que los astros no le depararan la posibilidad de compartir su vida con otra persona. Se estaba convirtiendo lentamente en una especie de objeto fijo, y los libros que leía reflejaban la forma en que se veía a sí mismo. No era un gran amante, y tampoco un héroe trágico. Más bien se asemejaba a esos narradores literarios que se limitan a observar la vida de los demás, convertidos en ganchos de los que cuelgan los argumentos como si fuesen abrigos, hasta que los auténticos protagonistas del libro se hagan cargo de ellos. Pese a ser un lector voraz, el señor Berger no se daba cuenta de que la vida que observaba era la suya.

En otoño de 1968, el día en que el señor Berger cumplió treinta y seis años, el ayuntamiento anunció que iba a trasladarse a otra oficina. Hasta aquella fecha, los distintos departamentos habían estado diseminados como puestos de avanzada por toda la ciudad, pero ahora parecía más sensato reunirlos en un mismo edificio y vender los despachos dispersos. La noticia entristeció al señor Berger. El Departamento de Vivienda ocupaba un conjunto de oficinas destartaladas en un edificio de ladrillo rojo que tiempo atrás había sido una escuela privada, y la forma imperfecta en que lo habían adaptado para su actual cometido desprendía una excentricidad muy grata. La nueva sede del ayuntamiento, por otra parte, era un bloque de estilo brutalista diseñado por uno de esos acólitos de Le Corbusier cuya visión consistía únicamente en eliminar cualquier atisbo de individualidad o excentricidad y sustituirlo por una estructura uniforme de acero, cristal y cemento. El edificio ocupaba el solar donde antes se alzaba la gloriosa estación de ferrocarriles victoriana, que a su vez había sido reemplazada por un feo búnker

adosado a un nuevo centro comercial. El señor Berger sabía que, con el tiempo, las restantes joyas arquitectónicas de la ciudad también acabarían convertidas en polvo, y la fealdad de las nuevas construcciones envenenaría a la población, ¿o acaso podría ser de otro modo?

Informaron al señor Berger de que, según la nueva normativa, ya no se precisaría un Registro de Cuentas Cerradas, por lo que le asignarían otras funciones. Pensaban poner en marcha un sistema nuevo y más eficaz, aunque, como suele suceder en tantos casos similares, más tarde dicho sistema resultó ser menos eficaz y más costoso que el original. Esta noticia coincidió con la muerte de la anciana madre del señor Berger, su último pariente cercano vivo, y con el descubrimiento de un legado pequeño pero no despreciable para su hijo: la casa de la señora Berger, algunas acciones y una cantidad de dinero que, pese a no ser una fortuna, bien invertida permitiría al señor Berger vivir con cierto desahogo durante el resto de su vida. Siempre había anhelado escribir, y ahora se le presentaba una oportunidad inmejorable para demostrar su valía literaria.

Así fue como por fin se organizó una colecta para el señor Berger. Unos cuantos empleados se reunieron para despedirse de él y desearle buena suerte, y al poco de irse ya se habían olvidado de su compañero.

2

La madre del señor Berger había pasado sus últimos años en una casita situada a las afueras de la pequeña ciudad de Glossom, una de esas localidades inglesas razonablemente bonitas tan indicadas para los que van apagándose lentamente y prefieren vivir en un entorno que no pueda excitarlos más de la cuenta y precipitar así su final. La población era predominantemente anglicana, y muy dada a participar en todo tipo de actividades parroquiales: no había tarde en que la sala parroquial no estuviera ocupada

por autores de teatro *amateur*, historiadores locales o adeptos al fabianismo con inquietudes sociales.

Sin embargo, la madre del señor Berger apenas se había relacionado con sus vecinos, y muy pocos habitantes de Glossom se sorprendieron al ver que su hijo actuaba del mismo modo. Pasaba los días redactando el borrador del libro que se había propuesto escribir, una novela sobre amores frustrados que incluía una tibia crítica social, ambientada en las fábricas de lana de Lancashire en el siglo XIX. Era, como no tardó en percatarse el señor Berger, la clase de libro que podría haber complacido a los fabianos, lo que enfrió considerablemente su entusiasmo. Probó suerte entonces con unos relatos, y cuando también resultaron ser poco gratificantes se refugió en la poesía, el último recurso de los granujas literarios. Finalmente, aunque sólo fuera a modo de práctica, comenzó a escribir cartas a los periódicos sobre asuntos de interés nacional e internacional. Una de ellas, sobre el tema de los tejones, apareció en el *Telegraph*, pero la recortaron mucho antes de publicarla y el señor Berger pensó que la versión recortada lo hacía parecer un tanto obsesionado con los tejones, cuando nada podría estar más lejos de la realidad.

El señor Berger empezó a darse cuenta de que no estaba hecho para ser escritor, ya fuera de altos o de bajos vuelos, y de que quizá debería contentarse con la lectura. Tras llegar a esta conclusión, fue como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Guardó los caros cuadernos de escritor que había comprado en la tienda Smythson's de Brown Street y se metió en el bolsillo a cambio el último volumen de la novela río de Anthony Powell, *Una danza para la música del tiempo*.

Por las tardes, el señor Berger tenía la costumbre de dar un paseo junto a las vías del tren. Un sendero apenas transitado, no lejos de la puerta trasera de su casa, conducía a través de un bosque hasta la loma por la que discurría la vía del tren. Hasta hacía poco, los trenes se detenían en Glossom cuatro veces al día, pero la reestructuración ferroviaria que trajeron consigo los recortes del Plan Beeching había provocado el cierre de la estación. Los trenes que aún circulaban por las vías constituían un recuerdo ruidoso de lo que se había perdido, pero incluso su traqueteo acabaría

desapareciendo a medida que se fuera modificando el trazado. Con el tiempo, las vías que atravesaban Glossom se cubrirían de maleza y la estación caería en el abandono. Algunos habitantes de Glossom sugirieron la posibilidad de comprársela a British Railways para convertirla en un museo, aunque no tenían demasiado claro qué podría albergar exactamente dicho museo, dado que la historia de Glossom no se distinguía por sus batallas, sus reyes o sus grandes inventores.

Nada de esto le importaba al señor Berger. Le bastaba con disponer de un lugar agradable por el que pasear, o, si el tiempo acompañaba, en el que sentarse junto a las vías a leer. No lejos de la antigua estación había una cerca con un escalón de madera para saltar al otro lado, y al señor Berger le gustaba esperar allí a que pasara el último tren en dirección sur. Al observar a los trajeados hombres de negocios que pasaban como una exhalación, experimentaba una oleada de gratitud por el hecho de que su vida laboral hubiera tenido un final tan prematuro como bienvenido.

Ahora, a medida que se acercaba el invierno, el señor Berger aún salía a dar sus paseos vespertinos, pero la luz mortecina y el frío creciente le impedían sentarse a leer. Sin embargo, siempre llevaba un libro encima, porque había adquirido la costumbre de leer durante una hora en el Spotted Frog mientras bebía una copa de vino o una pinta de cerveza.

En la tarde en cuestión, el señor Berger se detuvo como de costumbre para esperar a que pasara el tren y observó que llevaba cierto retraso. Últimamente había empezado a retrasarse cada vez más a menudo, lo que llevó al señor Berger a preguntarse si tanta racionalización ferroviaria suponía realmente alguna mejora. Se encendió la pipa y dirigió la mirada al oeste para contemplar cómo se ponía el sol detrás del bosque, tiñendo de rojo las ramas desnudas de los árboles.

Fue entonces cuando vio a una mujer que se abría paso entre la maleza un poco más allá de la vía. Antes se había fijado en que por allí discurría una especie de sendero porque los arbustos tenían algunas ramas partidas, pero era mucho menos transitable que el camino que solía tomar él, y no quería rasgarse la ropa ni la piel entre las zarzas. La mujer llevaba un vestido oscuro, pero

lo que le llamó la atención a Berger fue el bolsito rojo que colgaba de su brazo. No encajaba en absoluto con el resto de su atuendo. Intentó verle el rostro, pero la mujer no avanzaba en la dirección donde se encontraba él.

En aquel momento oyó un pitido lejano y el escalón de madera en el que estaba sentado empezó a vibrar. Se acercaba el último tren de la tarde, un expreso. El señor Berger vio sus luces a través de los árboles a medida que se iba aproximando. Volvió a mirar a su derecha. La mujer se había detenido, porque ella también había oído el traqueteo. El señor Berger supuso que la mujer esperaba a que pasara el tren, pero en lugar de esperar ella apretó el paso. «Puede que quiera cruzar la vía antes de que llegue el tren», pensó el señor Berger, pero aquello le pareció muy arriesgado. Era fácil calcular mal las distancias en aquellas circunstancias, y Berger había oído que a algunos se les había enganchado el pie en una traviesa, o habían tropezado mientras corrían, y el tren los había arrollado.

—¡Eh! —gritó Berger—. ¡Espere!

Instintivamente, bajó del escalón y se dirigió a toda prisa hacia la mujer, quien se volvió al oírlo. Incluso desde lejos, el señor Berger pudo distinguir su belleza. Estaba pálida, pero no parecía angustiada. Desprendía una serenidad misteriosa y perturbadora.

—¡No intente cruzar! —gritó Berger de nuevo—. ¡Deje que pase el tren!

La mujer salió de entre los arbustos. Se arremangó la falda, dejando a la vista un par de botines con cordones, y se dispuso a subir por el terraplén. El señor Berger ya corría hacia ella, pero continuó gritándole incluso cuando el expreso retumbó con más fuerza antes de pasar por su lado en una exhalación de ruido, luz y gasóleo. Vio que la mujer dejaba en el suelo su bolsito rojo, hundía la cabeza entre los hombros y, con los brazos extendidos, se arrojaba de rodillas delante del tren.

El señor Berger se estremeció. El ángulo de la vía le impidió presenciar el impacto, y los posibles gritos de dolor quedaron ahogados por el rugido del motor. Cuando abrió los ojos, la mujer había desaparecido y el tren continuaba su marcha.

El señor Berger corrió hasta el lugar en el que había visto a la mujer por última vez. Se armó de valor, esperando encontrar las vías cubiertas de sangre y restos humanos, pero allí no había nada. Sin embargo, Berger no había presenciado nunca un atropello y desconocía si, al arrollar a alguien a semejante velocidad, los trenes dejaban tras de sí cuerpos mutilados. Era posible que la fuerza del impacto hubiera enviado fragmentos de la mujer en todas direcciones, o incluso que hubiera arrastrado su cuerpo destrozado hasta otra parte de las vías. Después de buscar entre los arbustos junto al lugar del impacto, Berger caminó siguiendo las vías durante un rato, pero no descubrió manchas de sangre, y tampoco ningún cadáver. Ni siquiera pudo encontrar el bolsito rojo del que la mujer se había deshecho. Aun así, la había visto, de eso no le cabía la más mínima duda. No se lo había imaginado.

Ahora se hallaba más cerca de la ciudad que de su casa. Glossom no tenía comisaría, pero había una en Moreham, a unos ocho kilómetros de allí. El señor Berger se dirigió apresuradamente al teléfono público de la antigua estación, desde donde llamó a la policía y describió el atropello que acababa de presenciar. A continuación, tal y como le ordenaron, se sentó en el banco situado frente a la estación y esperó la llegada del coche patrulla.

3

La policía hizo prácticamente lo mismo que el señor Berger, aunque con más efectivos y un coste mayor en sueldos y horas extra. Buscaron entre los arbustos y por las vías, y preguntaron en Glossom si había desaparecido alguna vecina. Se pusieron en contacto con el maquinista y detuvieron el tren en el andén de Plymouth durante una hora mientras examinaban la locomotora y los vagones en busca de restos humanos.

Finalmente, el señor Berger, que había permanecido sentado en un escalón durante toda la búsqueda, fue interrogado una

segunda vez por el inspector de Moreham. Se llamaba Carswell, y al dirigirse al señor Berger se mostró más frío que al principio. Había empezado a caer una ligera llovizna poco después de que iniciaran la búsqueda del cadáver, por lo que Carswell y sus hombres estaban empapados y muertos de cansancio. El señor Berger, que también se había mojado, se percató de que no podía dejar de tiritar y sospechó que había sufrido una conmoción. Nunca había presenciado la muerte de una persona, y aquel atropello lo había afectado profundamente.

Ahora el inspector Carswell aguardaba en la penumbra, con el sombrero calado hasta la frente y las manos embutidas en los bolsillos del abrigo. Sus hombres ya estaban recogiendo los bártulos, y alguien llevaba a los dos perros que habían traído para ayudar en la búsqueda de vuelta a la camioneta en la cual habían llegado. Los vecinos congregados en la zona también empezaban a irse, sin poder reprimir una última mirada curiosa al señor Berger.

—A ver, repítamelo una vez más, ¿de acuerdo? —le pidió Carswell, y el señor Berger se lo contó de nuevo. Los detalles no habían cambiado. Estaba completamente seguro de lo que había presenciado.

—Tengo que decirle —explicó Carswell cuando el señor Berger había acabado de hablar— que el conductor del tren no vio nada, y no notó ningún impacto. Como puede imaginar, se horrorizó al saber que una mujer se había arrojado bajo las ruedas, e incluso colaboró en la inspección del tren. Desgraciadamente, ha vivido una experiencia similar. Antes de que lo ascendieran a conductor, fue fogonero en una locomotora que atropelló a un hombre cerca del cruce de vías de Coleford. Nos contó que el conductor vio al hombre en los raíles, pero no pudo frenar a tiempo. Al parecer, la locomotora destrozó a aquel pobre desgraciado. Lo que sucedió no dejaba lugar a dudas. El conductor cree que, si de algún modo hubiera atropellado a una mujer sin saberlo, no nos costaría encontrar sus restos.

Carswell encendió un cigarrillo y le ofreció otro al señor Berger, que lo rechazó. Prefería su pipa, aunque llevara tiempo apagada.

—¿Vive solo, señor? —preguntó Carswell.

—Sí.

—Por lo que me han contado, se trasladó a Glossom no hace mucho.

—Así es. Mi madre murió, y me dejó su casa en herencia.

—¿Y dice que es escritor?

—Lo intento. Empiezo a preguntarme si realmente se me da bien, para serle sincero.

—Me imagino que escribir será una actividad muy solitaria.

—Suele serlo, sí.

—¿No está casado?

—No.

—¿Novia?

—No —respondió el señor Berger, y luego añadió—: ahora mismo no. —No quería que el inspector Carswell pensara que podía haber algo raro o dudoso en su soltería.

—Ah.

Carswell le dio una calada a su cigarrillo.

—¿La echa de menos?

—¿A quién?

—A su madre.

Al señor Berger le extrañó la pregunta, pero respondió de todos modos.

—Por supuesto —contestó—. La visitaba siempre que podía, y hablábamos por teléfono una vez a la semana.

Carswell asintió con la cabeza, como si eso lo explicara todo.

—Debe de ser muy raro trasladarse a una nueva ciudad y vivir en la casa en la que murió su madre. Porque falleció en su casa, ¿verdad?

El señor Berger pensó que el inspector Carswell parecía saber muchas cosas acerca de su madre. Obviamente, durante las horas que pasó en Glossom no se limitó a hacer preguntas sobre una mujer desaparecida.

—Así es —respondió Berger—. Discúlpeme, inspector, pero ¿qué tiene que ver mi madre con el incidente de las vías?

Carswell se sacó el cigarrillo de la boca e inspeccionó la punta candente, como si pudiera encontrar alguna respuesta en la ceniza.

—Estoy empezando a preguntarme si usted no podría haberse confundido con respecto a lo que vio —apuntó el policía.

—¿Confundido? ¿Cómo puede confundirse alguien que ha presenciado un suicidio?

—No ha aparecido ningún cadáver, señor. No hay ni sangre ni ropa, nada de nada. Ni siquiera hemos conseguido encontrar el bolso rojo que usted ha mencionado. No hay indicios de que haya sucedido ninguna desgracia en las vías, así que...

Tras darle una última calada a su cigarrillo, Carswell lo tiró al suelo y lo aplastó con el tacón del zapato.

—Digamos que usted se equivocó y dejémoslo así, ¿de acuerdo? A lo mejor podría encontrar alguna otra forma de pasar la tarde, ahora que se acerca el invierno. Apúntese al club de bridge, o al coro de la iglesia. Incluso podría conocer a alguna joven con la que pasear. Lo que intento decirle es que ha sufrido una experiencia traumática, y le convendría no pasar tantas horas solo. Así evitaría cometer de nuevo errores de este tipo. Me entiende, ¿verdad, señor?

La insinuación estaba muy clara. Cometer un error no constituía ningún delito, pero hacer perder el tiempo a la policía sí. El señor Berger se bajó del escalón.

—Sé lo que vi, inspector —replicó, pero no pudo evitar que la duda asomara a su voz, y sintió cómo lo invadía la confusión mientras tomaba el sendero de vuelta a su casa.

El hecho de que el señor Berger apenas durmiera aquella noche no debería suponer ninguna sorpresa. Repasó una y otra vez en su mente la escena de la muerte de la mujer, y aunque no hubiera presenciado el preciso instante del impacto, lo vio y lo oyó en el silencio de su dormitorio. Para intentar serenarse, nada más llegar a casa se bebió un vaso grande del coñac de su difunta madre, pero no estaba acostumbrado a las bebidas alcohólicas

y el coñac le sentó mal. Empezó a delirar en la cama, y vio tantas veces la muerte de la mujer que empezó a creer que había presenciado el atropello en otras ocasiones. Lo embargó una sensación de *déjà vu* tan peculiar que no fue capaz de sobreponerse a ella. A veces, cuando estaba enfermo o aquejado de fiebre, se le metía en la cabeza una melodía tan pegadiza que le impedía dormir, y no conseguía librarse de ella hasta que la enfermedad remitía. Ahora le ocurría lo mismo con la visión de la muerte de aquella mujer, y la naturaleza repetitiva de las imágenes lo inducía a creer que conocía la escena incluso antes de haberla presenciado.

Afortunadamente, lo venció el agotamiento y por fin consiguió descansar, pero a la mañana siguiente, cuando se despertó, aquella sensación tan persistente aún no se había desvanecido. Se puso el abrigo y volvió al lugar donde había ocurrido el accidente la noche anterior. Recorrió el sendero agreste esperando encontrar algo que la policía hubiera pasado por alto, algún indicio de que no había sido víctima de una imaginación desbordante —un retal de tela negra, el tacón de un zapato o el bolso rojo—, pero no encontró nada.

Era el bolso rojo lo que más le preocupaba. Aquel condenado bolso rojo. Ahora que ya no tenía la cabeza embotada por el alcohol —aunque, a decir verdad, aún seguía un poco aturrido—, vio cada vez más claro que el suicidio de la joven le recordaba la escena de un libro. No, no cualquier escena, sino quizá la más famosa escena de autoinmolación ante un tren de toda la literatura. El señor Berger abandonó la búsqueda física y decidió emprender una búsqueda literaria.

Aunque había desempaquetado sus libros hacía mucho, todavía no disponía de estantes suficientes para colocarlos. La afición de su madre por la lectura no era comparable a la suya, lo que explicaba la profusión de paredes desnudas adornadas únicamente con reproducciones baratas de marinas. Con todo, el señor Berger tenía más espacio para sus volúmenes del que había tenido en su antigua vivienda, debido principalmente al he-

cho de que la casa de su madre era más amplia que su piso, y, para almacenar sus libros, lo único que un auténtico bibliófilo necesita es un plano horizontal. Encontró su ejemplar de *Anna Karénina* en un montón de libros colocados en el suelo del comedor, intercalado entre *Guerra y paz* y *Amo y criado y otros cuentos y parábolas*. Este último era una bella edición de Everyman's Library de 1946 que había olvidado, y que casi lo llevó a dejar a un lado *Anna Karénina* para poder dedicarle una hora de su tiempo. Afortunadamente, la sensatez acabó imponiéndose, aunque no antes de que el señor Berger hubiera dejado *Amo y criado* sobre la mesa del comedor con la intención de examinarlo en otro momento más oportuno. El libro pasó a engrosar la pila de una decena de obras igualmente afortunadas, las cuales llevaban días o semanas esperando a que llegara su turno.

El señor Berger se sentó en un sillón y abrió *Anna Karénina* (Limited Editions Club, Cambridge, 1951, firmado por Barnett Greedman, descubierto en un mercadillo de Gloucester y adquirido por un precio tan bajo que más tarde el señor Berger hizo un donativo a una institución benéfica a fin de aliviar su conciencia). Fue hojeando el libro hasta llegar al capítulo XXXI, que empezaba con la frase «Se oyó una campanada...», y a partir de ahí siguió leyendo rápidamente, pero sin saltarse ni una palabra. Acompañó a Anna cuando pasaban frente a ella Piotr con su librea y sus polainas, el revisor insolente, la mujer deforme y el mujik sucio y jorobado, hasta que por fin llegó al siguiente pasaje:

Iba a arrojarse bajo el centro del primer vagón cuando llegara frente a ella, pero no consiguió deshacerse a tiempo del bolsito rojo y perdió la oportunidad. Esperó al segundo vagón. La embargó una sensación como la que había experimentado tiempo atrás, justo antes de zambullirse en el río, y se santiguó. Aquel gesto familiar evocó en su alma un sinfín de recuerdos de infancia y juventud y, de pronto, la oscuridad que todo lo ocultaba se disipó, y la vida, con sus alegrías fugaces, resplandeció por un instante ante ella. Pero Anna no apartó la vista del vagón y, cuando apareció la parte central, entre las dos ruedas, tiró el bolso rojo, hundió la cabeza

entre los hombros y, con los brazos extendidos, se arrojó de rodillas bajo el vagón. Por un momento se horrorizó de lo que estaba haciendo.

—¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿Por qué?

Intentó levantarse y retroceder, pero algo gigantesco e inflexible le golpeó la cabeza y la lanzó de espaldas.

—¡Señor, perdónamelo todo! —musitó, consciente de que era inútil luchar.

Un pequeño mujik trabajaba en las vías, murmurando entre dientes.

Y la vela a cuya luz había leído aquel libro lleno de temores, decepciones, angustia y maldad, brilló con más intensidad que nunca, iluminando todo lo que antes había estado sumido en la oscuridad, y luego parpadeó, comenzó a desvanecerse y se extinguió para siempre.

El señor Berger leyó el pasaje dos veces y a continuación se reclinó en la butaca y cerró los ojos. Ahí estaba todo, incluido el detalle del bolsito rojo, aquel bolsito que la mujer de las vías había dejado en el suelo antes de que la atropellara el expreso, al igual que Anna tiró su bolso antes de ser arrollada. Los gestos de aquella mujer en sus últimos momentos también habían sido similares a los de Anna: ella también había hundido la cabeza entre los hombros y había extendido los brazos, como si la muerte que la aguardaba fuera a adoptar la forma de una crucifixión, en lugar de un atropello bajo las ruedas de un tren. Incluso el recuerdo que tenía el señor Berger del trágico incidente estaba expresado en frases similares.

—¡Dios mío! —exclamó el señor Berger dirigiéndose a los libros que lo escuchaban—. Quizás el inspector tenía razón y he pasado demasiado tiempo solo, con la única compañía de mis novelas. No cabe otra excusa para que un hombre crea haber visto la escena culminante de *Anna Karénina* reinterpretada en la vía férrea que va de Exeter a Plymouth.

Berger depositó el volumen sobre el brazo de la butaca y se dirigió a la cocina. Por un momento tuvo la tentación de volver a coger la botella de coñac, pero como los ratos compartidos con

ella no le habían deparado nada particularmente bueno, optó por la rutina habitual y puso una gran tetera al fuego. Cuando el té estuvo preparado, se sentó a la mesa de la cocina y bebió una taza tras otra hasta vaciar la tetera. Por una vez no cogió ningún libro, ni se distrajo con el crucigrama del *Times*, aún por resolver a aquellas alturas de la mañana. Se limitó a contemplar las nubes, escuchó el piar de los pájaros y se preguntó si, después de todo, no se estaría volviendo un poco loco.

El señor Berger no leyó nada más aquel día. Sus dos relecturas del capítulo XXXI de *Anna Karénina* seguían siendo su único contacto con el mundo de la literatura. No podía recordar ningún día en el que hubiera leído menos. Vivía por y para sus libros. Habían consumido cada momento libre de su vida desde la revelación que supuso en su infancia descubrir que podía enfrentarse a una novela por sí solo, sin que su madre tuviera que leerse la. Rememoró sus primeros y vacilantes encuentros con los relatos sobre el piloto y aventurero Biggles de W.E. Johns, y recordó cómo había tenido que separar las palabras más largas en sílabas individuales, de modo que una palabra difícil se convirtiera en dos más fáciles. Desde entonces, los libros habían sido sus compañeros más fieles. Puede que hubiera sacrificado amistades reales por estos simulacros, porque hubo días en los que evitó a sus amigos después del colegio, o no respondió cuando llamaban a su puerta pese a que la casa de sus padres estaba vacía. Incluso llegó a tomar un camino alternativo para llegar a casa, o se apartó de las ventanas para asegurarse de que ni los partidos de fútbol ni la contemplación de los huertos cercanos le impidieran acabar el relato que tanto lo absorbía.

En cierto modo, los libros también habían sido responsables en parte de sus lamentables titubeos con respecto a la chica de Contabilidad. Al parecer, ella leía un poco —la había visto con una novela de Georgette Heyer en las manos, y con algún que otro libro de intriga de Agatha Christie sacado de la biblioteca—, pero al señor Berger le dio la impresión de que la lectura no la apasionaba. ¿Y si ella insistía en que pasaran horas en el

teatro, o viendo un espectáculo de *ballet*, o yendo de compras, sólo porque así «harían cosas juntos»? Después de todo, ¿acaso no era eso lo que hacían las demás parejas? Pero la lectura era una actividad solitaria. Bueno, uno podía leer en la misma habitación en la que se encontrara otra persona, o a su lado en la cama por la noche, pero ello implicaría que habían llegado a un acuerdo sobre tales asuntos, y que la pareja en cuestión estaría formada por dos almas de intereses similares. Supondría un auténtico desastre verse atado a esa clase de persona que lee dos páginas de una novela y empieza a tararear, o a tamborilear con los dedos para llamar la atención, o, Dios nos libre, a toquetear el dial de la radio. Cuando uno quisiera darse cuenta, ella se pondría a hacer «observaciones» sobre el texto en cuestión, y una vez sucediera eso ya nunca habría paz.

Pero mientras permanecía sentado en la cocina de la casa de su difunta madre, el señor Berger cayó en la cuenta de que jamás se había molestado en averiguar las opiniones de la chica de Contabilidad con respecto a los libros, o, ya puestos, sobre el *ballet*. En el fondo, se había resistido a perturbar su metódico estilo de vida, un mundo en el que raras veces tenía que tomar una decisión más difícil que la de escoger el próximo libro que quería leer. Había llevado una existencia totalmente ajena al mundo que lo rodeaba, y ahora pagaba por ello volviéndose loco.

5

En los días siguientes, el señor Berger subsistió principalmente a base de revistas y periódicos de naturaleza divulgativa. Casi se había convencido a sí mismo de que lo que había visto en las vías era una anomalía psicológica, una especie de reacción tardía ante el dolor que había experimentado por la muerte de su madre. Observó que era objeto de miradas curiosas —poco disimuladas unas, descaradas otras— cuando hacía recados en la ciudad, pero semejante comportamiento era de esperar. Confiaba en

que la gente acabaría olvidando la infructuosa búsqueda policial: no le apetecía en absoluto que le otorgaran el papel de excéntrico del barrio.

Pero con el paso de los días sucedió algo extraño. Cuando se vive una experiencia como la del señor Berger, suele ser habitual que, a medida que aumenta la distancia del suceso en cuestión, también se vuelve más borroso su recuerdo. Así, lo lógico hubiera sido que el señor Berger acabara convencido de la naturaleza psicológicamente perturbadora de su encuentro con la joven que le recordaba a Anna Karénina. Pero el señor Berger no pudo evitar creer, con una convicción cada vez mayor, que se trataba de todo lo contrario. Había visto a la mujer y era real, aunque el concepto que cada uno tuviera de la realidad podía ser bastante elástico.

Berger empezó a leer de nuevo, con cierta vacilación al principio, pero no tardó en sumergirse en las páginas otra vez. También volvió a recorrer el camino que serpenteaba hasta la vía férrea, y a sentarse en el escalón para observar cómo pasaban los trenes. Cada atardecer, al acercarse el expreso que iba de Exeter a Plymouth, el señor Berger dejaba el libro en el suelo y vigilaba el sendero más abrupto que conducía hacia el sur. Empezaba a oscurecer y costaba más esfuerzo distinguirlo, pero el señor Berger aún tenía buena vista y, a base de práctica, se acostumbró a percibir la diferencia en la densidad de los arbustos.

Aun así, el sendero permaneció tranquilo hasta que llegó febrero: fue entonces cuando volvió la mujer.

Era un atardecer frío, pero vigorizante. No había humedad en el aire y, durante su paseo habitual, el señor Berger disfrutó contemplando el vaho que producía su aliento. Aquella noche actuaría en el Spotted Frog un grupo de folk nostálgico, música por la que el señor Berger sentía un mal disimulado aprecio. Pensa-

ba quedarse allí una o dos horas, una vez que hubiera visto pasar el tren. Vigilar las vías desde el escalón se había convertido en una especie de ritual, y aunque se decía a sí mismo que ya no guardaba relación con el incidente de la mujer del bolso rojo, el señor Berger sabía que, en el fondo, sí que la guardaba. La imagen de aquella joven lo había obsesionado.

Se sentó en el escalón y encendió la pipa. Oyó el traqueteo del tren que se aproximaba, procedente de algún punto situado más al este. El señor Berger miró rápidamente su reloj y vio que pasaban pocos minutos de las seis. El tren llegaba antes de tiempo, cosa que no había sucedido nunca. Si Berger hubiera continuado con su costumbre de enviar cartas al *Telegraph*, puede que hubiera mandado una misiva para anunciar un hecho tan sorprendente, como los avistadores de aves que disfrutaban comunicando a la gente la aparición del primer cuco en primavera.

Ya había empezado a redactar la carta mentalmente cuando lo distrajo un ruido a su derecha. Alguien bajaba por el sendero apretando el paso. El señor Berger bajó del escalón y empezó a andar en dirección a aquellos sonidos. El cielo estaba despejado y la luna ya empezaba a teñir de plata la maleza, pero incluso en la oscuridad habría sido capaz de distinguir a la mujer que corría hacia el tren, así como el bolso rojo que colgaba de su brazo.

Al señor Berger se le cayó la pipa, pero consiguió cazarla al vuelo. Era, después de todo, una buena pipa.

Aunque no sería del todo falso afirmar que se había obsesionado con aquella mujer, en realidad Berger no esperaba volver a verla. A fin de cuentas, la gente no acostumbraba a arrojarse al paso de los trenes. Era la clase de acto que solía realizarse o bien una sola vez, o ninguna. En el primer supuesto, las ruedas implacables de la locomotora evitarían cualquier repetición del incidente. Y, en el improbable caso de que el suicida sobreviviera, bastaría con recordar el dolor del primer intento para que cualquier repetición del mismo resultara poco aconsejable. Sin embargo, aquí, sin sombra de duda, estaba la misma joven con el mismo bolso rojo, precipitándose hacia la autodestrucción tal y como el señor Berger había presenciado anteriormente.